

—¿Y piensa usted acudir a la cita?

—¿No le parece a usted que debo hacerlo?

—Esa es mi opinión; pero por ser ya de noche, estar la calle muy retirada y tener recelo a la revolución, ¿quiere usted dejarlo para otro día...?

—De ninguna manera: le debo grandes favores para que no haga el sacrificio de vencer mi timidez.

—En ese caso..., si usted gusta que yo la acompañe, puede usted contar conmigo; estoy a sus órdenes.

—Admito la buena disposición de usted, tanto por mí, cuanto que le será muy satisfactorio a don Félix poder darle a usted las gracias por el interés que se ha tomado usted por él.

—Era un deber de humanidad, y un tributo a la inocencia perseguida.

—¡Oh! ¡qué noble corazón!

—Voy, pues, sin perder momento, a buscar un coche que nos conduzca en un instante al sitio en que se encuentra. Tenga usted la bondad de esperarme, en tanto que vengo con el carruaje.

Y ocultando la satisfacción que experimentaba al ver el buen giro que había tomado su plan, se dirigió en busca de un coche, diciendo interiormente:

—He conseguido, al fin, lo que tanto anhelaba mi corazón... La paloma se entrega voluntariamente al halcón... Adela, la mujer que en un tiempo se salvó de mi poder, la joven que idolatraba Núñez, va a ser mía... ¡Sí, mía..., porque va a marchar confiada al sitio preparado por mí, en mi compañía, sin recelo alguno... Sin que nadie pueda arrebatármela..., sin que nadie pueda acudir en su auxilio!

Y una sonrisa infernal asomó a sus labios.

Soledad, bien ajena de pensar en la trama que se había urdido contra su honra, esperaba entre tanto, impaciente, la llegada del carruaje.

CAPITULO III

La encubierta

Entre tanto que en la capital de la República mexicana se hacían sangrienta guerra «polkos» y «puros», queriendo hacer triunfar cada cual sus ideas políticas, Santa-Anna, a la cabeza de dieciocho mil hombres, marchaba de San-

Luis en busca del general norte-americano Taylor, triunfante en la batalla de Palo-Alto, el 8 de abril de 1846, primera de aquella guerra injusta en la de la Resaca, dada el día 9; dueño el 18 de la plaza de Matamoros, abandonada por no estar bien fortificada para una heroica defensa, y cinco meses después, el 26 de septiembre de Monterrey, que tras una brillante resistencia de algunos días, se vió precisada a capitular.

El movimiento se hizo el 28 de enero de 1847, saliendo en este día la artillería de grueso calibre y de montaña, con sus trenes y todo el material de guerra custodiada por el batallón de Zapadores y la compañía de San Patricio, compuesta de irlandeses, que se habían pasado de las filas enemigas, y tomado las armas contra los orgullosos invasores. El 20 se puso en marcha la primera división a las órdenes del general Pacheco; el 30 salió la segunda, mandada por el general Lombardini; el 31 la tercera, llevando a su cabeza al general Ortega; y el 2 de febrero, se puso en marcha el cuartel general.

La caballería, que desde mucho antes estaba fuera de San Luis, esperando la salida de las otras armas, se hallaba dividida en cuatro brigadas: la primera, al mando del general Torrejón, se encontraba en Bocas; la segunda, a las órdenes del general Juvera, ocupaba El Venado; la tercera, subordinada al general Andrade, se situó en el Cedral; y la cuarta, al mando del general Miñón, fué a situarse a la hacienda de Potosí, después de haber sorprendido en la Encarnación un destacamento de cien norteamericanos.

La oficialidad y la tropa iban animadas del más vivo entusiasmo, deseando que el enemigo les esperase para vengar los reveses sufridos al principio de la campaña.

Entre el brillante estado mayor del general en jefe, iba un joven sin ninguna insignia militar, que no participaba del regocijo de aquel ejército entusiasta que, lejos de haber desmayado por los reveses anteriores, parecía haber sacado mayores bríos de sus mismas derrotas.

Y es que aquel ejército tenía la firme convicción de que estas derrotas no reconocían por causa, ni el superior valor de los contrarios, ni su mejor disciplina, ni ninguna de las demás dotes de obediencia, de abnegación y de sufrimiento, que hacen del mexicano un excelente soldado, que sabe morir en el puesto que sus jefes le señalan.

La mala administración militar, la desunión de los prin-

principales jefes, que introducían con sus rivalidades la desconfianza, gangrena destructora de la fuerza moral de los ejércitos, la carencia de tiendas, de bastimentos, de vestuarios, de dinero y de multitud de cosas indispensables para el buen éxito de una campaña, concurren eficazmente a esterilizar los sacrificios y el valor del soldado, y a dar a los norte-americanos un triunfo, que no hubieran alcanzado ni por fuerza ni por su disciplina.

Pero ahora tenían fe en el general que les mandaba.

Santa-Anna era el hombre de más influencia y prestigio en el ejército.

La oficialidad le quería y le respetaba, y los soldados participaban de ese cariño y de ese respeto que engendran rasgos de generosidad y de heroísmo.

Pero volvamos a nuestro joven.

Su tristeza no reconocía por origen el temor a las batallas, ni la desconfianza en el éxito; porque como todos los que componían aquella brillante división, participaba de las más lisonjeras esperanzas, y no dudaba ni un solo instante del triunfo.

A juzgar por el tinte melancólico que velaba su rostro la causa de su caimiento provenía de algún profundo pesar del alma, de uno de esos sentimientos internos que invaden entero el corazón, y que nos matan dulcemente.

La arrogante presencia de este personaje y su dulce tristeza, disponían el ánimo en su favor desde el momento de verle.

Era un joven de fisonomía apacible y simpática; en sus ojos grandes y negros, velados por largas y sedosas pestañas, brillaba la luz de la inteligencia, del valor, y la pasión del alma. Un bigote negro, suave, fino y bien peinado, y una larga perilla, graciosamente dispuesta, hacían resaltar los encendidos labios de una boca perfecta, adornada de iguales y blancos dientes; un cabello largo, negro, lustroso, y con gracia peinado, contrastaba admirablemente con su tez pálida y muy fina, que prestaba a su fisonomía una dulzura, un atractivo y una suavidad que cautivaban.

—Muy triste camina usted, don Rafael—le dijo un joven oficial, de fisonomía franca y noble, de tez blanca, ligeramente sonrosada por los ardientes rayos del sol, de espaciosa frente, cabello castaño, suavemente rizado, y sobre cuyo labio superior, apenas apuntaba un ligero y fino bozo.

—¿Se puede caminar con alegría, don Juan, cuando se ha perdido hasta la esperanza de la felicidad? Cuando el alma

ha soñado con todos los placeres de la tierra, y ha vagado en esos horizontes de felicidad sin término, bebiendo el aliento de un ángel de hermosura y de candor, extasiada con su amorosa y celestial sonrisa, sintiendo sus caricias, oyendo el dulce sonido de su armoniosa voz, escuchando sus tiernos juramentos de amor, viajando en océanos de luz blanda y suave, como la que envuelva a los vaporosos cuerpos de los bienaventurados, y aspirando una atmósfera de místicos perfumes; cuando el alma, repito, ha viajado por esa mirífica mansión de ilusiones, ¡cuán inconsolable queda al despertar en este mundo real de dolor y miseria, de falsedad y de impostura, donde todo falta, donde nada encuentra que llene el vacío que dejó la fatal desgracia!

—Pero todos han disfrutado de esos alegres sueños, que la delirante imaginación presenta con frecuencia al hombre, iniciándole en los goces de una eternidad de inefables delicias, y sin embargo, al verlos desvanecidos, aunque han sentido su pérdida, han hallado a poco a poco el consuelo, y se han reído de lo mismo que les hizo sufrir.

—Esos hombres, don Juan, no habrán amado con toda la fuerza, con toda la energía, con toda la intensidad con que ama el alma por primera vez. El amor es como el sentimiento de la patria, crece con la ausencia, se alimenta con los recuerdos, se arraiga con la desgracia, y jamás se extingue: los obstáculos, las trabas y las dificultades que se le ponen para sofocarlo, son como la leña con que se pretende ocultar el fuego, y que sólo sirve de combustible para aumentar el devorador incendio.

—¡Dichosa la mujer que así es amada! ¡Ah!, si Luz pudiese escuchar esas palabras, bendeciría la misma desgracia que había venido de relieve al inextinguible cariño de su amante.

—¡Luz! —exclamó Rafael al escuchar el nombre de su amada—. Sí, don Juan: ¡tal vez me escucha desde el cielo...! ¡Tal vez penetra en este instante su celestial mirada en lo profundo de mi corazón, y ve, dolorida, triste y compasiva, los íntimos afectos que lo inundan; afectos dulcísimos de amor que conmueven todo nuestro ser, y que el labio no encuentra palabras para expresar.

Y los ojos de Rafael se llenaron de lágrimas.

—¡Muerta...! ¡Sería una desgracia!

—Sería una felicidad, don Juan.

—¿Una felicidad?

—Sí, una felicidad. Más la quiero muerta, que en poder de un malvado que ponga asechanzas a su honor.

—Las asechanzas, amigo Rafael, se estrellan siempre en la virtud de la mujer honrada, y la hermosa Luz...

—¡Oh!, la hermosa Luz era un ángel, don Juan; un ángel que no pudo consentir en su infamia, y que por lo mismo habrá dejado de existir bajo el rigor o la venganza del malvado que me la arrebató y que no habrá logrado envilecerla.

—O que gemirá presa esperando que, compadecido el cielo de ella, le envíe en su socorro al hombre que idolatra.

—No, don Juan. ¿No la he buscado sin cesar por todas partes? ¿No he preguntado a todos por ella? Leopoldo, Núñez y yo, ¿no hemos hecho cuanto hay que hacer para descubrir su paradero?

—Cierto que sí.

—Y el no haberla hallado, ni tener la menor noticia de ella, ¿no es suficiente prueba de que ha muerto?

—No; los malvados toman precauciones tan acertadas para evitar que sus acciones sean observadas, que yo me inclino a creer que el inicuo que arrancó del lado de usted a la joven por quien sufre, la tiene oculta sin que nadie, más que él, sepa el sitio en que la guarda.

—No, eso es casi imposible; los criminales necesitan de cómplices; y éstos no deben guardar el secreto de una manera tan religiosa que no se llegue a traslucir el delito. ¡Ella ha muerto, sí, ha muerto...; y prefiero que haya succumbido al dolor, a considerarla expuesta a perder su honra! ¿No vengo a esta campaña a buscar la muerte, para que mi alma se una con la suya? Los que mueren, velan por las personas amadas en este mundo. Si ha muerto, velará cariñosa por mí, me compadecerá, sentirá mis penas... Si muero, y aun existe, velaré por ella, la veré desde la mansión de los justos, y la defenderé...

Una mujer, tapado el rostro para defenderse del polvo y del sol, con un pañuelo blanco, sin que se pudiese ver más que los ojos, cubierta la cabeza con un sombrero de palma, de inmensas alas, cruzado el rebozo a manera de banda, y montada en un caballo flaco, que galopaba para alcanzar a las guerrillas que iban delante, al escuchar la voz del que hablaba, volvió la cara, se sorprendió al verle, detuvo la rienda a su esquelético corcel, y quedando a cierta distancia de los interlocutores, se puso a escuchar con atención el diálogo que sostenían.

Ninguno de los dos jóvenes fijó la atención en ella, por ser cosa muy común en el ejército mexicano ver caminar

a las mujeres de los oficiales, y aún de los soldados, de la manera que lo hacía la tapada de que nos ocupa.

—Pues yo no deseo ni creo que haya muerto —dijo el joven oficial—. No deseo, porque anhelo que la encuentre usted en el mundo, para que vea realizados los miríficos ensueños de que antes, con tanto entusiasmo, me hablaba; y no creo, porque el enemigo que conspiró contra la vida de usted, se hubiera apresurado a darle esta noticia, que debía figurarse desgarraría su corazón.

—¡Y si vive para llorar la pérdida de la joya de más valía que tiene la mujer! ¡Sí, la vergüenza y la afrenta empañan en su asqueroso ceno aquella frente virginal, donde estaba retratado el pudor y la inocencia, y manchan su corazón angélico en que se anidaron el candor y la virtud...!

—No ignoraría usted tampoco ese fatal acontecimiento, que no hubiera olvidado su contrario, para amargar todos los instantes de su vida.

—¡Ah! ¿lo cree usted así?—exclamó Rafael, concibiendo un rayo de esperanza, que disipó por un instante las sombras de la tristeza que velaban su semblante.

—Estoy persuadido de ello.

—Conozco que las observaciones de usted tienen toda la fuerza de la severa lógica; que ellas arguyen contra mis temores; que arrojan la verosimilitud y la convicción; y, sin embargo, son tan lisonjeras, que no me atrevo a darles el valor que reconozco entrañan, porque no sea más terrible y doloroso el desengaño.

—Bueno; yo no quiero que dé usted a mis razones ciega acogida como a una verdad infalible; pero si la importancia consoladora de una cosa en quien concurren los visos más vehementes de lo verosímil y de la palpitante presunción de lo cierto.

—Así es como acepto esa idea con que ha logrado usted despertar mi ya muerta esperanza.

—Verá usted cómo el día en que menos lo espere, recibe usted una carta de Núñez o de Leopoldo, en la cual le participan que la hermosa Luz le espera tan pura, hermosa y amante como en los días de su mayor ventura.

—¡Ah!, Dios permita que se realice su predicción.

—Y tengo fe en que se realizará.

—Sus palabras de usted hacen renacer mi esperanza muerta.

—¿No quedaron dispuestos a seguir indagando sin ce-

sar, la suerte que le ha tocado a esa joven, y a saber el sitio a que fué conducida?

—Sí; y estoy seguro de que no habrán descuidado un solo instante la promesa que me hicieron, de buscarla sin descanso.

—Y Núñez es infatigable y tenaz, y estoy seguro que logrará el objeto que se ha propuesto.

—Si antes no encuentra un enemigo terrible que se lo impida.

—¿Cómo!

—Núñez, don Juan, profesa a Leopoldo una amistad íntima y sincera, y como se ha propuesto hacer triunfar la inocencia del padre de su leal amigo, es seguro que los que tienen interés en que no se descubra la verdad, pondrán en juego todos los medios para deshacerse de él.

—Pero no es fácil que lo consigan.

—¡Oh! Yo lo temo todo de los malvados.

—¿Y hace mucho tiempo que no escribe a usted?

—Mucho.

—¿De suerte que ignora usted los pasos que han dado con respecto a las pesquisas para encontrar a Luz?

—Todo.

—El corazón me anuncia que a nuestra vuelta a San Luis, se encontrará usted con cartas muy lisonjeras de él.

—¡Dios lo quiera!; y él haga también, don Juan, que en los amores que aliente el corazón de usted, no vierta el destino la amarga hiel que ha derramado en los míos.

—Gracias por su buen deseo —dijo don Juan, sonriendo y de buen humor—; pero aun está lejos esa época.

—¿No ama usted?

—El objeto de mi amor aun no está en estado de inspirarme recelos ni temores; es una flor en botón, que no despliega los bellos matices de sus tiernos pétalos, que crece ignorada del mundo en un rincón humilde y solitario de la tierra, mecida por las auras del cariño maternal.

—¿Y si la mirada de algún curioso penetrase en ese retiro y ambicionase la posesión del objeto que usted espera ver desarrollarse y crecer?

—Nada temo; está al cuidado de un ángel de virtud y de prudencia, que vela por ella como la más tierna de las madres.

—¿Y cuál es el nombre de esa flor en botón?—preguntó Rafael sonriendo.

—Teresa.

—¿Teresa?

—Sí.

—¿Y su apellido?

—Rondal.

—¿Cómo? ¿Será tal vez la tierna hija de Elisa?

—Elisa es el nombre de su amorosa madre.

—¿Española?

—Española.

—No hay duda; es la misma.

La mujer que escuchaba la conversación pareció sorprenderse.

—¿La conoce usted?

—De vista, así como por sus virtudes y sus desgracias.

—Cierto que no ha sido muy venturosa; y esto precisamente inclinó mi corazón hacia esa familia desgraciada.

—¿Y cómo llegó usted a conocerla?

—Porque el leal Pablo, que ha procurado en cuanto le ha sido posible, remediar las necesidades de ella, me presentó un día en la casa.

—Me alegro de la elección; pero Teresita es aún muy niña.

—Por lo mismo, y por serlo yo poco menos, le he dicho a usted que espero a que despliegue sus brillantes pétalos.

—Será una fortuna para la pobre Elisa el ver enlazarse a su hija con un joven del mérito de usted y heredero único de una fortuna considerable. Pero esos matrimonios proyectados con mucha anticipación, rara vez llegan a realizarse.

—Es que el mío no pasa de un pensamiento, que a nadie, sino a usted, se lo he comunicado. La idea la concebí desde el instante en que Pablo me presentó a la familia; pero sin que ella misma sospechase mi proyecto.

—¿Quiere decir que no ha contraído usted compromiso alguno para lo futuro?

—Ninguno. Vi el hermoso pimpollo y me agradó; conjeturé que podría desarrollar en hermosura y virtud sobre toda esa bella mitad del género humano, y concebí la idea de unirme a tan hechicero sér, si no salían fallidas mis esperanzas. Esto es todo.

—¿Quiere decir que ninguna palabra de amor ha cruzado entre usted y su futura novia en cierne?

—¿Para qué hablar de asuntos superiores a la inteligencia de una inocente niña en cuyo tierno corazón se deben depositar únicamente ideas de virtud, de religión, de pudor y de ternura, que, germinando maravillosamente a su debido tiempo, hagan de ella un modelo de excelentes hi-

jas, una leal amante, una fiel esposa y el ornato de la sociedad? Violentar la naturaleza, anticipar las pasiones, es matar las ilusiones antes de conocerlas; cegar el corazón a los placeres puros del alma con placeres buscados y estériles; marchitar la existencia con el hastío y el dolor en la primavera de sus días; envejecer sin haber llegado a la juventud; acercar al fuego el botón del delicado lirio, queriendo con él suplir el calor gradual y fecundante del sol, abortando una flor marchita desde el nacer, de hojas sin color y sin aroma, sin lozanía y raquítica.

—¡Muy bien!

—Dirá usted que ni de mi edad ni de la carrera que he abrazado, espera usted este razonamiento; pero le diré a usted que estas ideas son el resultado de una educación altamente religiosa y moral inculcadas por mi adorada madre desde mis primeros años.

—Son excelentes, sin duda.

—Además de que siempre he creído que en todas las carreras de la vida, la base principal para cumplir con los respectivos deberes, son la religión y la moral. Yo no quiero en el militar el valor de la fiera; quiero, sí, el pundonor del hombre honrado, la lealtad y la piedad con el vencido, que exige la religión, el buen comportamiento que reclama la moral, y la deferencia y la finura que resultan de una educación escogida.

—Tiene usted razón.

Al llegar a este punto de la conversación, se acercó a don Juan un ayudante del general, diciéndole que le llamaba.

El juicioso y elegante joven se separó de su amigo, y se dirigió a saber lo que tenían que comunicarle.

Rafael volvió a entregarse a sus tristes ideas, y la mujer, enviándole una mirada de compasión, azotó a su caballo y se alejó a medio galope.

Después de una jornada penosa y larga, la tropa llegó al Peñasco, donde pasó la noche con bastante incomodidad, por la falta de casas para alojarse y la carencia de tiendas de campaña con que substituir aquéllas.

Don Juan y su amigo Rafael se alojaron en la humilde choza de un indio.

Poco después, al lado de esta choza, se improvisaba una excelente cantina, a donde acudía la oficialidad a refrigerarse.

La persona que despachaba en ella era la misma mu-

jer que hemos visto detenerse en el camino a escuchar la conversación de los dos jóvenes.

Estaba aún cubierta con su pañuelo, y metido el sombrero de palma hasta las cejas, sin que se pudiera descubrir nada de su rostro.

¿Se había colocado allí por casualidad, o había escogido aquel sitio para estar cerca de los dos amigos y escuchar todo lo que hablasen?

Difícil es la respuesta.

Pero lo que sí es cierto, es que en todas las jornadas que se fueron haciendo, Bocas, La Hedionda, El Venado, Charcas, Laguna Seca, Solís, la Presa, Matehuala, el Cedral, las Animas; el Salado; la Encarnación y el puerto Carnero, la tienda de la mujer tapada se levantaba siempre junto al alojamiento de don Juan y de Rafael, sin que nadie hubiese logrado verla el rostro.

Pero, ¿por qué aquel empeño en tenerlo cubierto constantemente?

¿Era una linda joven que seguía, disfrazada, a su amante, o una mujer de aspecto fiero que, para no desencantar a los curiosos y atraer por aquel medio compradores, había echado mano de aquel ingenioso ardid?

Esto es lo que muchos se preguntaban a sí mismos sin que pudiesen resolver el problema.

CAPITULO IV

Batalla de la Angostura

Era el 21 de febrero.

Toda la división se había concentrado, después de largas y penosas marchas, en la Encarnación.

Al toque de las cornetas y de los tambores, lenguas bélicas que enardecen el espíritu del soldado, el ejército mexicano, lleno de entusiasmo porque se acercaba el día del combate, acudía empuñando sus brillantes armas, al sitio designado para pasar la gran revista.

El general Santa-Anna, seguido de su lucido Estado Mayor, recorría a caballo la extensa línea entre los más entusiastas vivos a México.

Los soldados presagiaban un éxito feliz, al ver a la cabeza un jefe que les inspiraba ciega confianza, y el general estaba orgulloso de mandar un ejército valiente y